

PRIMER RETO DE MICRORRELATOS ONLINE

LA CAJA

**UNIVERSIDAD POPULAR
OCTUBRE 2020**

Una caja de zapatos gris, larga y estrecha en el centro de una acera gris, larga y estrecha de una calle también larga y estrecha con altos edificios de paredes grises.

Una mujer.

Camina con paso lento e inseguro.

Ve la caja.

Un sobresalto, un traspies y cae.

Mira al cielo.

Es de cartón gris y las paredes también.

No es una calle, es una caja.

¡Está dentro de la caja!

...

Un terremoto lo sacude todo.

No. No es un temblor de tierra, es la caja que se mueve.

...

Ahí quedó la calle gris, larga y estrecha, con su acera también gris, larga y estrecha.

La caja ya no está.

La mujer tampoco.

Isabel Casillas

LA CAJA

Corría despavorida sin querer mirar atrás. Las luces del alba, pese a su levedad, la abrumaban cegándola por momentos. Jadeaba, y el corazón le golpeteaba en el pecho. Estaba cansada, harta, inundada de desesperanza. Había decidido dejarlo todo, su casa, su familia, sus pertenencias, sus amigos. Todo. Y se esforzaba por no pensar demasiado en ello, mientras corría ya sin fuerzas.

Fue entonces cuando la vio. Una caja en medio de la acera, intrigante, solitaria. Tuvo que parar, sintiendo el freno seco de todo su cuerpo sobre el suelo, como una sacudida en su interior. Con los latidos en las sienes, y un calor intenso en el rostro, intentó respirar y recuperar el aliento, y así, con la respiración entrecortada, y recogiendo el pelo en un moño improvisado con las manos, se agachó a observar la caja sin llegar a tocarla. Miró a su alrededor buscando una respuesta, pero la calle, a esas horas, estaba desierta. Quiso entonces abrirla, aunque el juicio le decía que no lo hiciera. La tristeza que albergaba era tan intensa que pensó que nada peor de lo que sentía podía ocurrirle si tomaba esa decisión. Entonces, la abrió.

Miró hacia adentro, perpleja, sin encontrar la razón de aquel objeto ni de su significado. Volvió a mirar de nuevo, alrededor, buscando alguna pista que le diera una respuesta, pero no la encontró. Y entonces, se vio. Vio su rostro desfigurado, enrojecido, con ojos hundidos que buscaban el sueño. Se quedó paralizada contemplando su imagen, dos, tres minutos. No sabía cuánto tiempo estuvo allí, en cuclillas, observando el interior. Sacó el espejo de la caja, y mirando una vez más a su alrededor, la echó en un contenedor y se dio la vuelta hacia su casa, con pasos lentos, con el espejo bajo el brazo, mientras su rostro se relajaba.

Pilar Alcántara

LA MUJER Y LA CAJA

Aquella encantadora señora, esa ancianidad maja y hermosa, no suponía lo que iba a encontrar esa tarde. Dentro de una caja de cartón un gremlin con una nota y un frasco de agua con una advertencia. Referían, muy claramente, no utilizar.

La señora, es el caso que, o tenía ganas o alguna duda decidió dejar correr al bicho calle abajo mientras se metía en una alcantarilla al tiempo que le caía el fresco líquido.

El resultado fue gracioso, apoteósico y revoltoso a partes iguales.

Tres policías y dos bomberos, cuerdas en mano, persiguiendo al bicho antes que pudiera propagarse.

Los informativos daban la noticia.

Varios niños que jugaban en parques aledaños protegían al bicho en su rápida huida.

Al final, como tocado por una invisible mano, el animalito volvió íntegro todo el camino y cargado, como una buena mascota, por la señora. Volvió dócil, cual redil, al rebaño.

Desde la lejanía, un coche los acechaba vigilante...

David Santiago Herald

COMO CADA MAÑANA

Carmina se despertó como cada mañana con los ladridos del perro de su vecino antes de que sonara la alarma de su móvil. Se duchó, como cada mañana, escuchando su emisora de radio favorita. Desayunó, como cada mañana, un café humeante acompañado de un par de galletas y salió de casa como cada mañana..... ¡¡No!! ¡¡Como cada mañana no!!

Nada más cerrar la puerta se dio cuenta que se había olvidado las llaves dentro de casa. Bajó las escaleras maldiciendo que hubiera sonado un toque en el móvil justo en el momento que tenía que haber cogido las llaves, pero ya nada podía hacer porque el bus hacia el trabajo no esperaba y ya pensaría, a lo largo de la mañana, cómo entraría en casa al regreso. Antes de llegar a la parada del bus, vio en el suelo una caja con un gran lazo brillante que llamaba enormemente la atención, tanto que no entendía cómo nadie se había dado cuenta que esa caja estaba allí. Se acercó para cerciorarse si estaba vacía y entonces vio que colgaba una nota en la que ponía: *“si me has encontrado, ábreme”*. Miró a un lado y a otro y se la guardó en el bolso siguiendo su marcha hacia la parada, con su cabeza dando vueltas pensando en todo lo que le había pasado en tan poco tiempo: sus llaves dentro de casa y cómo entraría, la caja que había encontrado con esa nota tan misteriosa y, sobre todo, pensando en qué le había llevado a guardarla sin pensarlo dos veces en su bolso, sin saber si la abriría o la llevaría a la oficina de “objetos perdidos”.

Se montó en el bus y recibió una llamada del jefe para pedirle un favor, aunque fuera su día libre... ¿¿día libre?? Después de la mañana que llevaba y no se había acordado de que no tenía que ir a trabajar, con lo cual ni se hubiera quedado las llaves dentro, ni se hubiera encontrado la caja... -y la caja sin abrir-.

Carmina se bajó en la siguiente parada sin saber por qué, sólo pensaba en abrir ya la caja en un sitio apartado como si de un delito se tratara. Se sentó en un banco y volvió a leer la nota, así que se decidió a abrirla y... ¡¡sorpresa!! Era un móvil igualito que el suyo, sonando igual que su alarma, que era con el que se despertaba cada mañana, y esa mañana no iba a ser diferente, aunque ya había sonado tres veces...

Remedios Mogedano Palomo

HA NACIDO UNA ESTRELLA

Hace calor. No siento ganas de dormir y decido dar un paseo por los alrededores del pueblo. La noche es muy tranquila. No hay apenas nadie por la calle.

Camino hacia el parque y desde la entrada veo una caja debajo de un banco. Parece que alguien la ha olvidado allí. Me llama la atención el resplandor que asoma por cada una de sus esquinas, unos pequeños rayos luminosos. ¿Qué puede ser?

Me acerco despacio; tengo mucha curiosidad, pero, a la vez, siento temor. A pesar de todo, me decido a cogerla y, muy despacio, levanto la tapa. ¡Casi me ciega la luz que desprende! Lo que hay dentro es una pequeña estrella muy brillante, parece una estrella recién nacida. ¿Qué hago con ella?

Se me ocurre una idea. Estamos en agosto, es el tiempo de las Perseidas. ¿Por qué no podría ser esta una estrella fugaz más de las que ahora abundan en el cielo?

Vuelvo a cerrar la caja. La cojo con cuidado y, con ella en la mano, subo la cuesta hasta el castillo que corona el pueblo. Asciendo hasta la almena más alta y, una vez allí, cojo la estrella en mi mano y soplo con todas mis fuerzas. Al momento, brilla a toda velocidad por el cielo para perderse en medio de las estrellas de su constelación.

María Lázaro

UNA CAJA EN EL FELPUDO

Sobre la mesa extensible del salón comedor, una vela humeante, de color rosa fucsia, ofrecía sombras oscilantes en el techo, fantasmas que se estiraban y encogían al rebufo de la llama cada vez más activa. Esther gustaba de encender velas cada vez que los nubarrones negros amenazaban con ocupar esa parte desprotegida de su cerebro, ese rincón donde la razón nunca había conseguido llegar y que, al menor descuido, campaba a sus anchas por los amplios derroteros de los miedos y los desasosiegos.

Todo había empezado como en un “dejà vu” que se repetía año tras año por estas mismas fechas. Un conflicto de sentimientos no resuelto había regresado para poner patas arriba las estructuras de una vida ordenada en la seguridad de una felicidad creada a su medida. Esther nunca se atrevía esquivar la tormenta que se le venía encima. Aguantaba el chaparrón mordiéndose los nudos de la garganta y presentando su cara más amable ante aquellos, que según ella creía, eran los causantes de este desequilibrio de emociones. En el rincón más remoto de su corazón aún albergaba la esperanza de que un día fuera capaz de romper esas cadenas invisibles que la asfixiaban.

Después de un largo debate con ella misma, se armó de valor y decidió que ese día había llegado. Bajó la maleta del altillo, metió en ella la ropa imprescindible para pasar una semana fuera de casa y ya, camino del salón, abrió la puerta del aparador. De allí cogió una cajita primorosamente decorada, de esas que se guardan por si un día pueden servir para algo, y la puso encima de la mesa extensible del comedor. Con rotulador rojo y letras mayúsculas garabateó en un folio la que iba a ser la mejor frase de su vida: Estoy de viaje. Cuando os vayáis, quedad la llave debajo del felpudo.

Dobló el folio y lo colocó dentro de la cajita. Al salir, dejó la caja sobre el felpudo, cerró la puerta tras de sí y enfiló calle arriba en busca de una parada de taxis.

María J. Llanos

JASP... ¡O NO!

La verdad es que no fue mi mejor tarde, no cerré ningún nuevo contrato y salí de la oficina con la sensación de no servir para nada. No suele ocurrirme, me considero buena comercial, pero hoy aún no sé por qué me ha pillado con el paso cambiado y noto cómo interiormente no acepto una tarde tan mala. No es mi costumbre pero creo que hoy toca pillarla. No me apetece, pero tampoco me apetece evitarlo.

No me reconozco andando por la calle sin rumbo y sin ganas de nada, yo no soy así. No niego que esa extraña sensación no va con mi manera de ser, insisto, me considero una buena comercial, y no entiendo cómo ni por qué hoy me siento así. Me pesan las piernas y ando como si ya la hubiera pillado. Pedro, el imbécil que por suerte hace ya unas semanas dejé, me habría dicho: *“eso es que tienes la regla”*, y cómo no, yo lo habría mandado a la mierda, ¿se puede ser más capullo?

Estaba lejos de casa, no sé ni por qué me encontraba tan lejos de mi domicilio, pero la verdad es que me daba igual. No era una tarde muy transitada, supongo que por culpa de los primeros fríos, aunque es verdad que debía ir esquivando un poco para no chocar.

En uno de los regates, detrás de una mujer cargada hasta las cejas de bolsas de basura, me fijé en una caja en el mismo medio de la acera. Inicialmente, pensé que se le había podido caer a la mujer, pero además de que estaba demasiado bien puesta en el suelo, la verdad es que me importaba una mierda si era de la mujer o no.

Iba a cogerla, pero algo me frenó. ¿Qué hago? ¿Qué interés puedo tener en cogerla? No es mía ni tengo nada que ver con ella. ¿Entonces?

Una madre con dos niñas se me acercaban mientras yo seguía con la mirada fija en la caja. No entendí por qué lo hice pero les mandé que se pararan. Al principio creían que les iba a pedir algo, pero sorprendentemente empecé a disertar sobre lo extraordinario de aquella enigmática caja, de su material y sobre todo de su contenido, que evidentemente ignoraba. Las niñas me escuchaban con intriga, y seduciéndolas del valor sorpresivo del interior de aquella caja, no me explico por qué, una vez más, conseguí que se la llevaran, con la promesa de que nunca me dijeran lo que había dentro.

Cuando me dejaron sola, seguía atónita con lo que acababa de hacer. De lo ocurrido, nada determinará mi futuro, en el fondo todo aquella experiencia no me importaba nada, pero me quedó un inquietante sensación: *“Qué jodida soy, en el fondo soy muy buena comercial, no sé de qué me quejo, una mala tarde la puede tener cualquiera”*.

A pesar de todo, la pillé gorda, dormí fatal, me levanté a la mañana siguiente peor y llevo ya dos semanas sin cerrar un miserable contrato.

Al mes, no pude controlar mis pensamientos, ¿qué cuernos habría en aquella caja? Tengo que dejar la bebida y olvidarme de que soy comercial, nunca lo he sido. Me apetece llamar a Pedro, pero no tengo su teléfono. ¡En realidad no conozco a ningún Pedro! ¡Las drogas me van a matar!

Jordi Fornos Vicens

LA CAJA DE ZAPATOS

El bastón es su amigo. Todas las mañanas, limpio, baja a la calle desierta a esa hora. El signo de la cruz, como un amuleto protector, dibuja su frente, el corazón y los hombros. Su padre le enseñó. Un día le dijo: «*hija, aunque no creas, todos necesitamos una argolla para sujetarnos*». ¡Hace tanto tiempo de eso!

Hoy, su andar es más pausado, cada poco tiene que parar, tomar un descanso. Cuando Angelita vivía, las dos, del brazo, recorrían las calles. Su sincera y fiel amiga se fue, no hace mucho, entonces empezó a usar el bastón.

Lleva una bolsa de plástico. Se sienta en el banco, el primer sol calienta algo esa parte. Saca de la bolsa una caja de zapatos. La observa a su lado y apoya la mano en ella. No siente nada, los recuerdos no la conmueven, ya no, por eso se levanta del banco, sin el peso de la caja de zapatos.

A. Rodríguez

TU MEJOR REGALO

Para María

Llevaba muchos meses hilvanando días grises a su rutina. Cada mañana, junto al café, tragaba una tristeza viscosa como el barro, por mucho que en la calle el otoño le ofreciera el brillo dorado de las hojas bajo un sol benévolo. Quería arrancarse esa costra terrible que no la dejaba vivir, pero se resignaba a seguir así, sin un horizonte definido.

Caminaba deprisa. Otra vez llegaba tarde a la oficina, tendría que inventarse una nueva excusa, y ya iban muchas en los últimos tiempos, aunque su jefa no le ponía nunca problema, porque tal vez intuía por lo que estaba pasando.

Iba distraída, como siempre, con la cabeza haciendo equilibrios complicados para no caer en la ansiedad, que la esperaba en el fondo del pozo con sus aristas cortantes. Entonces, en mitad de la acera solitaria, vio una caja de cartón. No tenía nada especial, era de color marrón y estaba humedecida en la base por la lluvia de la noche anterior. Lo curioso era que estuviera ahí, en mitad de su camino. Al principio pensó en darle una patada, quitarla del medio y continuar, pero algo le decía que tenía que abrirla, mirar en su interior, y más cuando se acercó a ella y comprobó que tenía una etiqueta en la que se podía leer con una caligrafía impecable: *«Tu mejor regalo»*.

Se agachó, la tomó en sus manos y le quitó el precinto que cerraba la parte superior. Apartó las solapas y entonces miró asombrada el contenido. Había una fotografía suya, de unos años atrás, cuando la ilusión se dibujaba en su rostro con forma de sonrisa. Miró al frente, respiró hondo y, en ese instante, tuvo claro que saldría adelante, como siempre lo había hecho.

Víctor M. Jiménez Andrada

19 DE OCTUBRE

En el diario de la mañana se auguraba bastante lluvia, pero a pesar de la previsión, no tenía ninguna intención de pasar ni un día más encerrada. Abrí la ventana, efectivamente el cielo estaba cubierto, se podía percibir ese olor a tierra mojada resultado de la combinación de tres aromas diferentes, ozono, geosmina, y petricor.

Adoro esa esencia y más, si la percibo desde mi banco del Parque de los Pinos. De modo que, paragua en mano, traspaso el portal para disponerme a ir a mi sitio favorito.

Subo la cuesta de San Antón hasta el cruce con la calle Radio y al girar me tropiezo con una caja cercana al contenedor de reciclaje. Es redonda, de lata. Siento deseo a primera vista, tengo que cogerla. Quito la tapa y, paradoja del lugar, sonido de 33 rpm. Guardo mi tesoro, continúo mi trayecto.

Por fin, llegué. De frente, mi lugar. Lo observo. Lo recordaba rajado y vacío como mi pecho, desnudo como mi cabeza, pero hoy lo cubren hojas con colores de otoño. Me siento en él, respiro y siento que vuelvo a estar ilusionada, tengo ganas de volver a empezar. **No tengo miedo, la lucha me ha dado tregua.**

Gemma Montero

LA CAJA MISTERIOSA

Dando un fuerte portazo cerró la puerta del desván, al bajar la escalera y pasar por la ventana, mira la calle y observa una sombra en la esquina, no ve al personaje, solo ve moverse la sombra.

Vuelve al desván a comprobar la caja que momentos antes había encontrado en el acerado. Lo que más le llamó la atención fue una rosa en la tapa, hecha de tiras finas de maderas.

Decide abrirla y en su interior hay un puñal cortado por la mitad y un sobre escrito a mano. Al abrirlo se desprende un aroma impregnando la estancia, los nervios están a punto de adueñarse de ella, pero consigue sacar el folio de su interior.

Al desdoblarse, algunas letras se desintegran desapareciendo, y en su interior dice:

“Esta caja ha caído en sus manos, pero solo el verdadero destinatario tiene en su poder, la parte que falta.

Tiene que volver a rodar por el mundo, y algún día llegará a sus manos.

Querido amor, te estaré esperando donde siempre.

Jaime”.

Joaquina Campón

Va caminando ensimismada bajo la lluvia, absorta en sus pensamientos. Ya nada le importa. Todo lo que podía salirle mal en los últimos días, le ha salido mal.

Su terrible discusión con Gonzalo la semana pasada, provocó una espantada tras el golpe seco de la puerta. Total, la relación estaba desmoronándose desde hacía tiempo y ya no tenía sentido continuar, pero no por eso deja de ser doloroso el peso del fracaso cuando has apostado mucho por alguien.

Su trabajo en la empresa, -que llevaba meses, pendiente de un hilo-, se había ido a pique el lunes. No le renovarían el contrato. Tenía un colchón de dinero con el que podría aguantar una temporada, pero ya no era tan joven, y posiblemente le costaría mucho volver a encontrar empleo. Aunque, la verdad, en ese puesto, se habían hundido sus esperanzas y sus ansias por hacer algo importante. Solo era una rueda que la trituraba cada día un poco más, para permitirle pagar una enorme hipoteca y algunos caprichos de vez en cuando.

Y su cita médica de hoy. Ese bulto en el pecho que se había descubierto hacía poco... Acababan de confirmarle su más temida sospecha. Tenía esa palabra innombrable que a todos atemoriza girando en su mente y en sus oídos... La doctora le había explicado cuál iba a ser el proceso. Quimioterapia, caída de cabello y un duro camino incierto hasta que pudiera “estar a salvo”, si es que alguna vez lo estamos...

Y de repente, en medio de la acera solitaria, ve una caja negra, con unas zapatillas de baile rojas pintadas en su tapa. Su corazón da un vuelco... zapatillas de baile... ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía unas entre sus manos? Coge la caja ansiosa y, efectivamente, dentro hay un par de zapatillas nuevas, flamantes, curiosamente de su número.

Y, sin más, sin pensar, se descalza. Sintiendo cómo se va empapando, mientras se prueba los únicos zapatos del mundo que la habrían hecho feliz y, escuchando la música en su cabeza, comienza a bailar en medio de la lluvia.

Concha Ibáñez Montero